

Texto publicado en Canarias escribe Canarias II, Colección Laurisilva, en el año 2010.
Escrito por Covadonga García González-Fierro, alumna del IES Adeje durante la
Secundaria y el Bachiller, finalizando esta etapa el mismo año de la publicación.

Introducción: “Mi idea al saber del concurso no fue escribir algo metafísico, con pinceladas fantásticas o mágicas: quise escribir sobre aquellos pensamientos que a todos se nos pasan por la cabeza alguna vez, y que no solemos transmitir, ni hablar de ellos. Cuando comencé con las primeras palabras empezó a salirme todo lo demás rodado, como si estuviera desenvolviendo mi ser, dejándolo salir. Si lo piensas bien, no hice nada del otro mundo, solo dejé que salieran esas reflexiones típicas y comunes a todos nosotros. Me alegra poder compartirlas, y haber obtenido un reconocimiento ganando uno de los premios del concurso. Ahora que voy camino de la Universidad solo puedo animar a los próximos alumnos a que estudien y luchan cada día por mejorar: al final vale la pena, y cada uno recoge lo que ha sembrado.”

Covadonga García

LA VIDA CONTEMPLANDO EL CIELO

La vida tampoco tiene sentido: para qué vivir, si acabaré muriendo; por qué esforzarme, si pereceré como los demás... Seré una vida fugaz más de entre tantas, como una nube que va perdiendo forma hasta desaparecer. Pero siempre hay que luchar, intentar destacar desde que somos pequeños; a eso nos enseñan nuestros padres y profesoras, a eso nos impele la sociedad. Perseguir nuestros sueños, llegar a lo más alto, hasta atravesar el cielo. Hay que hacer todo aquello que deseamos y todo lo que los demás nos dicen, aunque a veces no tengamos un porqué que nos convenza del todo.

La vida es el preámbulo de la muerte y después... ¿Qué? Puede que nuestros seres queridos nos recuerden un tiempo, que sientan dolor por la pérdida que ocasionamos, pero tarde o temprano llegar nuevas generaciones y no dejamos ni un mísero recuerdo de nosotros mismos en el mundo. Es posible, entonces, que la vida no sea un regalo o un castigo, sino un simple accidente natural. Puede que un ser superior (llamémoslo Dios) nos haya creado como a un simple juego de ajedrez. ¿Qué somos? ¿Por qué estamos aquí? Es imposible saber el motivo de nuestra creación, la más maravillosa en algunas ocasiones, o la destructora de todo lo demás, en otras.

Sentimos, amamos, lloramos, reímos, vivimos y morimos... adiós a todo lo que hemos logrado, adiós a la vida, a las personas que se quedan, adiós. No hay nada que pueda evitarlo, nada que consiga alargar la vida. Debemos disfrutar de nuestra estancia, nuestro corto periodo como seres que habitan el universo, antes de convertirnos en tierra, en polvo, en nada.

Buscamos ardientemente la felicidad a cada instante, nos levantamos cada mañana gracias a ese impulso. Un día más para lograr ser feliz, pero un día más es un día menos, antes del último día.

Queremos congelar el tiempo en los buenos momentos, que pasan más deprisa que los tristes, pero el tiempo no hace amigos: pasa y no perdona. El tiempo nunca se detiene, envejecemos a cada segundo. Tempus irreparabile fugit.

Nuestra infancia es nuestro esqueleto, y ese esqueleto va cubriéndose con cada experiencia, hasta hacer de nosotros todo lo que somos. Cuando aún somos pequeños, estamos llenos de inocencia; pero el mundo, las personas, la maldad, la envidia y el odio nos convierten en personas frías y calculadoras. Dejamos de creer que existe la bondad poco a poco, hasta llegar al punto de levantarnos cada mañana y sentirnos vacíos, solos, como si todos los días fueran iguales. Como si vivir no tuviera tanta importancia.

El amor nos hace reír, pero también tiene el poder de hacernos sufrir más que cualquier otra cosa. Nos hacen sufrir las personas que más nos importan, estableciendo así una relación entre amor, dolor y odio. Al final, solo contamos con nosotros mismos. Siempre nos lo repetimos, pero volvemos a dar oportunidades, confiamos en los demás, nos fallan, fallamos, y otra vez estamos solos, pero con una coraza aún más grande que la anterior.

Con el paso del tiempo, abrimos el baúl de los recuerdos, hemos hecho nuestra vida, la que queríamos, somos más sabios, pero nunca llegamos a ser completamente felices. Siempre falta algo, quizá porque nunca nos conformamos, y porque la imperfección del hombre supone cometer errores que hieren, y ser herido por los errores ajenos. Y de todos modos, si lográsemos alcanzar la verdadera felicidad, si consiguiéramos todo aquello que ansiamos, lo perderíamos al irnos del mundo.

De cualquier manera, las relaciones interpersonales son demasiado complejas, puede que incluso más que las relaciones con uno mismo. Porque también nos peleamos con nuestro interior, queremos estar bien, salir, pero hay algo dentro que no nos deja. Así es la vida, dura y cruel, maravillosa e intensa, sin sentido, veleidosa.

Hay pequeños momentos que hacen que vivir sea especial, pero al final siempre acaban pesando más las penas que la dicha. Siempre damos más importancia a lo malo, siempre queremos más, y por muy bueno que algo sea, siempre le encontraremos algo que no nos guste. Todo lo que nos rodea es tan artificial, tan forzado... La gente no es como no aparenta, como nos gustaría que fuese. Cada persona es un mundo en pequeño y, así como los astros del cielo, cada uno de ellos es diferente.

Podemos sentirnos solos aun estando en medio de la muchedumbre, como si no encajáramos. Y es que ser distintos nos hace especiales, pero también hace que muchas veces nos sintamos solos. Queremos estar integrados, pero a veces no podemos. Y la soledad duele.

La vida es un largo camino lleno de obstáculos y decepciones. Pero si algo nos enseña, es que después de cada mala experiencia, tenemos dos opciones: rendirnos o luchar sacando fuerzas de donde sea. Eso sí: cualquier opción supone que cambiemos, y que veamos el mundo de un modo distinto. Al final, ese cielo tan azul que conocimos al nacer ya no nos parece tan hermoso.

A veces sería todo mucho más fácil si pudiéramos dejar de pensar, aunque solo fuera por un minuto. Acostarnos en la hierba verde a contemplar las nubes, cerrar los ojos y sentir; solo sentir, sin tener que pensar en nada.

Nadie sabe lo que es bueno o malo, actuamos siguiendo los instintos de nuestro corazón. Y nos equivocamos. Por mucho que te esfuerzas, siempre ocurre algo que lo hace todo mucho más difícil, como si la arena se te colara entre los dedos, y no pudieras volver a recogerla.

Siempre le damos vueltas a todo: qué pasaría si en lugar de haber elegido este camino hubiese escogido aquel otro; qué pasaría si en vez de haber nacido aquí, lo hubiera hecho al otro lado del mundo; qué pasaría si en lugar de ser yo, fuera otra persona, si fuera como quiero ser... no quiero ser yo, quiero poder volver atrás y crear mi vida desde el primer día, volver a nacer sin cometer tantos errores. Y es que muchas veces pedimos perdón a los demás, cuando somos nosotros mismos quienes no nos perdonamos. Y el tiempo no regresa.

A veces lloramos, nos sentimos mal con nosotros mismos, nos identificamos con otras personas, canciones o situaciones, y no llegamos a estar bien con lo que realmente somos. Buscamos parecernos a ideales, pero jamás podremos disfrazar nuestra verdadera identidad. Y es que aceptar a los demás tal y como son no es tarea fácil; y aceptarnos a nosotros mismos, tampoco.

Todos los días aprendemos algo nuevo, casi sin darnos cuenta. Vamos cambiando así nuestra forma de ser y nuestro modo de pensar. Quizá podríamos hacer lo que quisiéramos, pero muchas veces el miedo nos lo impide. El miedo hace que rechacemos lo que es distinto a nosotros, o que desaprovechemos oportunidades creyendo que no estábamos preparados para seguirlas. Mi mayor miedo es sentir miedo en los momentos importantes. Miedo al miedo. Es el culpable de que no arriesguemos. Por ello debemos vencerlo, pues, salga bien o mal, ante cualquier situación hay que luchar.

Cuando nos enamoramos también sentimos miedo. Miedo a ser lastimados, a no recuperarnos, a que salga mal. Pero el amor es el sentimiento más puro, y si logramos vencer el miedo y entregarnos sabiendo actuar y elegir a la persona adecuada, el amor puede hacernos ser un poco más felices. Aunque como todo, caduca.

De cualquier manera, si no nos enamorásemos, si no sufriésemos, si no fuéramos capaces de sentir, seríamos simples máquinas que se levantan, van a trabajar, caminan, comen y duermen. Pero sentimos, somos seres milagrosamente sensibles, todos y cada uno de nosotros tenemos nuestro corazón.

Es imposible conocer por completo a una persona, al igual que llegar a conocernos a nosotros mismos del todo, llegar a saber dónde está e límite entre lo civilizado y lo salvaje, cuándo perdemos la cordura, cuándo nos acabamos rindiendo del todo. Cada desengaño es un peso añadido a tu mochila. Una cicatriz que se queda en tu alma. Una herida que deja huella. Y la coraza sigue creciendo y creciendo. ¡Hasta qué punto podemos llegar a amar, reír y sufrir!

Cuesta decir cómo soy, ni yo misma lo sé, ni yo misma me entiendo. En ocasiones, ni siquiera sé lo que siento. No quiero seguir pensando, lo hace todo demasiado complicado.

El cielo que contemplo es como mi vida; algunas veces es azul y alegre, con nubes blancas de algodón, pero puede volverse gris y proceloso. Puedo emocionarme con un amanecer, viendo los primeros rayos de luz, o con un atardecer donde el Sol, juguetón, se esconde para luego

volver a asomarse. En el cielo se encuentran los días y las noches, las palabras, los sueños rotos, nuestros secretos, todo lo que imaginamos, sentimos y callamos. No conocemos qué hay detrás del cielo, al igual que no sabemos si después de esta vida, hay más vida. Es por ello por lo que quiero contemplar el cielo, hasta que se vuelva oscuro para siempre. Quiero jugar con las estrellas, reírme con la inocencia de un niño, volar con el impulso del viento, hasta llegar a tocarlas. Quiero ser libre, aunque todo lo que me rodea me condicione, romper el silencio, gritar, salir corriendo, dejar que el tiempo corra, y que el Sol vuelva a salir por el mismo sitio tras el crepúsculo diario.